

EL ENIGMA DE AMANCIO GONZÁLEZ

Diario de León. IX – 2001

Victoriano Cremer

En el patio de la Diputación Provincial expone alguna de sus obras el tallador de maderas nobles, Amancio González. La muestra es muy limitada y el espacio poco conveniente. La escultura, la proposición de este singular y sorprendente investigador necesita espacios mucho más amplios, no ya porque las dimensiones de alguna de sus obras lo demanden, sino porque la formulación, el espíritu, la necesidad que los trabajos de este creador leonés de Villahibiera rompe toda clase de límites, de fronteras, de cercos preceptivos para imponer la ley de su representación.

Por otra parte, o por la principal, puesto que el Arte no se consagra sino es a través de la contemplación humana “de los otros”, la obra de Amancio no se resigna a descubrir el alma de la madera, sino que pretende como un dios omnipotente, rescatar de ella lo fundamental que encierra, la hombridad significada, el palpito vivo, la vibración, el pulso que la madera transmite.

El artista, con despaciosa y dolorosa manipulación, rechaza del bloque inerme todo aquello que contribuye al ocultamiento de la realidad y cuando lo consigue, el resultado es el hombre... El hombre y su plena composición de venas, articulaciones, sangre cuajada y definitivo vencimiento. Porque lo que el investigador perseguía era precisamente lo que el hombre, el ser humano, tiene de conjunto sufriente.

Las representaciones de Amancio González no son nunca ni reposadas ni amables. De ellas no emana de la serenidad sino lucha a muerte por la vida. Y en este quehacer dramático los seres que resultan son siempre representación de humanidad vencida, no derrotada, sino vencida. Las figuraciones de Amancio rara vez transmiten una expresión de triunfo o de serenidad o de exaltación jubilosa de los elementos que conforman la biografía del hombre sudoroso, ansioso de luz y de angeologías. Lo que el artista persigue con el instrumento de una imaginación sensible, de una enconada pelea contra la materia y de una disposición para la creación abrumadora, es la situación real de la humanidad condenada a su propia dramaturgia.

Y en este dispositivo, se interfiere el sentimiento lírico del creador, que no se resigna a liberar a sus figuras de la nobilísima clausura de la madera, sino que, además recurre a la poesía para su rescate definitivo.

Hay en la obra de Amancio, o por mejor decir, en sus representaciones, algo como un pudor que impone que el personaje evite la mirada de frente y retuerza la gestuación hasta reducir los signos del rostro a un boceto, que pugna por ocultarse. Lo decía Paul Klee: “El arte no reproduce lo visible, sino que hace que algo sea visible”.

Esta es la doctrina del artista leonés. Y para su mayor instancia, aumenta la volumetría de sus obras y distorsiona las dimensiones del motivo rescatado, creado.

La obra de Amancio González no es poderosa y sugerente por sus dimensiones sino por la fuerza expresiva, por su enorme capacidad de compromiso con el ser humano, del cual no sólo extrae los motivos, los argumentos de sus composiciones, sino lo que es mucho más valioso, su enormísima capacidad de transmisión.

Ante la obra de Amancio el contemplador, puede adoptar muchas posiciones pero nunca la indiferencia. El arte de Amancio es un arte para la reflexión y para el entendimiento de las variaciones sociales de una humanidad sufriente. Y para ello, el artista aparece empeñado en la única posición válida para la transmisión de alguna forma de mensaje: En su pelea contra la materia, o si se prefiere con la materia intenta y lo consigue brillantemente, comprometer al hombre de su tiempo en el rescate de la humanidad. Porque el ser humano es el principio y el fin de casi todas las cosas.

León, que es tierra de muy costosas e infrecuentes reacciones ante los trabajos y los días de sus artistas, tiene contraído con este singular tallador de maderas nobles, un serio compromiso.